

# DIARIO DE NAVARRA

---

Viernes, 1 de octubre de 2010

## Enseñanza y calidad

MARÍA PILAR CIPRÉS DOMÍNGUEZ

PROFESORA DE ENSEÑANZA SECUNDARIA



Como docente de Enseñanza Secundaria, contemplo con preocupación la introducción de unos modelos de gestión en los institutos que, disfrazados del término "calidad" y quizás válidos en otros ámbitos, están socavando los cimientos del sentido común en el terreno educativo.

Considerar a los adolescentes meros clientes, en los centros de enseñanza, sólo propicia que el profesorado, abrumado por la presión del entorno, ejerza su profesión buscando, prioritariamente, la aprobación de unos alumnos cuya lógica inmadurez les hace manipulables e incapaces de valorar con objetividad la labor del enseñante.

Entre otras cuestiones, llama la atención que los dirigentes políticos deseen conocer, mediante los registros pertinentes, cómo evalúan los chicos el trabajo del tutor o del profesor, y manifiesten una cierta indiferencia hacia lo que piensan algunos de ellos, cuando se ven obligados, en situaciones cada vez más frecuentes, a compartir una parte de su tiempo con la pareja de alguno de los progenitores, en ocasiones variable, y su posible descendencia.

Probablemente, algunos lectores de este artículo censurarán la comparación expresada, argumentando que a los padres no se les paga por cumplir con su cometido y, por lo tanto, se les exime de responsabilidad; verdaderamente, parecería razonable, pero es preciso señalar que el perjuicio generado por la personalidad del docente, con su seriedad, sus errores o conflictos, es de baja relevancia frente al que puede producir una falta de estabilidad en el hogar de procedencia. Ahora que, ante el desatino mostrado por los legisladores en el campo de la educación, cabe imaginar la posibilidad de que estos

sistemas de gestión lleguen a controlar la organización familiar, tratando también a los hijos como clientes a los que hay que colmar todas sus expectativas.

Si se produjese este disparate, una vez al año, de la misma forma que se presenta la declaración del Impuesto sobre la Renta, cada familia debería someterse a una auditoría, en la que se evidenciaría, con la documentación actualizada y debidamente cumplimentada, haber seguido el protocolo oportuno en todos los aspectos relacionados con el cuidado de los hijos.

Resultaría curioso observar la reacción de algunos padres al leer las quejas y reclamaciones de sus vástagos, escritas por no conseguir el móvil de última generación, por tener limitado el horario de salida con los amigos, por ser reprendidos a causa de su actitud insolente o por no comer de acuerdo a sus gustos. Algún padre o alguna madre, seguramente los más sensatos, se escandalizarían al comprobar, a través de las encuestas de satisfacción, que suspenden la manera de adiestrar a sus retoños, según la opinión de los mismos. Incluso se harían estadísticas con los resultados obtenidos en cada edificio, que se expondrían en las reuniones de vecinos, además de comentar los últimos gastos y las próximas derramas por necesidades del inmueble.

Siempre se podrían sacar conclusiones provechosas cotejando calles o barrios, y tal vez se realizarían estudios para averiguar cómo influyen algunos factores en las calificaciones logradas, como el poder adquisitivo de las familias, su edad, formación o nacionalidad.

Es de suponer que a los padres les parecería inaceptable sufrir este complicado proceso, aunque siempre les quedaría el consuelo de elaborar un Plan de Mejora, con la esperanza de alcanzar una nota más alta, que se reflejaría en la siguiente auditoría. Los que nos enfrentamos diariamente a las aulas observamos cómo las exigencias de los adolescentes se imponen, tanto en casa como en los centros educativos. Desgraciadamente, los institutos, condicionados por la sociedad actual, se están convirtiendo en fábricas de futuros adultos sin valores, con poco criterio y que serán presas fáciles de los intereses del mercado. Y lo más lamentable es nuestra impasibilidad, nuestra impotencia para vencer esta lacra social que nos ha vuelto profesionales robotizados, alienados por un sistema cuya principal finalidad es vender. Si no somos autocríticos y cambiamos la forma de proceder, pagaremos un precio muy alto. Educar no es satisfacer.